

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.		
En provincias.		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La mujer, por D. Jacinto García Pérez.—*En un album*, poesía, por D. A. Alcalde Valladares.—*Galería histórica*, Zohrah, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Pedro*, cuento alemán, traducción, por don R. Ferrer y Bigné.—*Revista de teatros*, por don Leandro A. Herrero.—*Modas*, correo de señoritas, por Doña Joaquina de Carnicero.—*Labores*, por Doña Adelaida Montañol.—*Explicación del figurin*.—*Variedades*.
Pliego octavo de 16 páginas de *Cárols y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

LA MUJER.

I.

¡Amor!

¡Voz vaga y misteriosa que cada mortal define á su manera!

¡Fluido magnético que vivificas la existencia!

¡Soplo á cuyo perfumado aliento no hay corazón que no se sienta lleno de vida y armonías!

¡Bálsamo suave á cuyo benéfico influjo se regeneran las almas!

¡Pura emanación de la naturaleza!

Yo te saludo; y en alas del céfiro te mando un suspiro que brota de mis labios, como merecida ofrenda á tu inmenso poderio.

Sí; yo te saludo ¡estrella de mi esperanza! que en la callada noche te veo fulgar en los inmensos espacios, fecundando con tu purísima luz toda la creación.

La flor tiembla: sacude sus pétalos palpitantes de placer, y arroja sobre la tierra la semilla, tributo de su amor.

El ruiseñor que cincela su nido entre el verde ramaje, y que lanza sus arpados trinos á los inmensos espacios, canta al amor; sí, al inmenso amor que tiene á la naturaleza.

Las candidas mariposas rompen su larva y celebran su amor con las flores cuyos aromas las embriagan de placer.

La alondra cuando al nacer el sol levanta su vuelo á lo infinito, va impulsada por el amor.

La golondrina cuando corta con sus negras alas rápidamente los aires, busca sus amores.

El agua va corriendo sobre la tierra retratando el cielo, para producir flores en su amor.

La luna va siguiendo á la tierra.

La tierra se regocija cuando el sol la besa.

El sol y las estrellas vuelan alrededor de Dios, como la mariposa en torno de la llama, y los espacios son el inmenso lecho de amorés de los mundos.

Todo ama, en fin, porque el amor es la gran armonía de la naturaleza.

Por eso nació la mujer.

La compañera del hombre, vino á la vida como una de esas nacarinas nubes que se levantan en la alborada por los horizontes del mar.

Modelada como una armonía, ostenta la hermosísima esfera de su cabeza, cual el resumen de todas las líneas reunidas en el universo.

Su palpitante seno, cuna de la humanidad, es agitado por el amor que se confunde con el fuego de su ser.

Y no se crea que es el fuego pasajero del sentido, que enciende un instante el cuerpo y le deja cubierto de cenizas en la tierra.

No.

El amor que la mujer siente es el amor que se alimenta del pensamiento.

Amor que realiza las más puras ilusiones, que no tiene oriente ni ocaso, que es su vida entera.

En fin, el puro, el purísimo, el inefable, el eterno amor del alma.

La mujer, pues, es el último ser, pero el más perfecto de la creación.

Estudiemos su historia, y hallaremos que todas las grandes armonías humanas se han encarnado en una mujer.

Bien triste y dolorosa es su historia en los primeros tiempos.

El hombre salvaje la trata con la misma crueldad que á las bestias de la selva; la abate bajo los golpes de su mano, y, sin embargo, cuando la ha arrastrado por los cabellos desmayada y herida hacia el lecho nupcial, ha sentido palpar bajo su férrea diestra aquel corazón tan tierno, tan sensible; todo alma, y todo sentimiento, que ha de perfumar un día con su ternura á la gran familia humana.

Cuando se estableció la tribu, halló la mujer bajo la tienda su primera hora de esperanza y de seguridad. El rapto se consideró entonces como el mayor de los crímenes, y para castigarle, la Grecia entera, arrancada de sus playas, fué al Asia, y vertió sobre

los tizones encendidos de Troya la última gota de la sangre de Priamo.

El choque de la Iliada fué en realidad el de las ideas de dos civilizaciones; la una naciente, la otra que moría. La Iliada, pues, es la epopeya de la mujer vengada por los héroes.

La mujer, libre ya, no tuvo en el hogar sino la poesía del trabajo. Tuvo tiempo para pensar en embellecerse, aumentó en gracia y dignidad, é inspiró con más encantos más amor. Es verdad que va cubierta con un velo; pero ese velo es un signo de progreso, porque revela un encanto más, y ese encanto es el precio de su rescate. La mujer toma, pues, con otra esperanza, posesión de su nuevo destino.

La vida intelectual aun no podía tocarla; porque si bien la bayadera del Indo aprende la música y la poesía, ascendiendo al pensamiento por el ocio, la mujer en general está escomulgada de la vida de la inteligencia, porque no tiene ni aun el derecho de saber, según la ley de Manú. Pero la bayadera reabilita el alma de su sexo en la orgía del cuerpo, sobre los restos de las guirnaldas esparcidas en medio del santuario.

El mundo oriental murió, y la idea civilizadora dirigiéndose hacia el Oriente vino á posar sus alas sobre Babilonia, que por su posición geográfica parecía el punto destinado á amasar y confundir unas con otras todas las razas del mundo conocido. Su vida se desarrolló en inmensa escala, y en el orgullo de su engrandecimiento arrancó del suelo el oasis, y le colgó del cielo sobre el inmenso pedestal del terrado de Semíramis.

Hizo más aun. Para consagrar religiosamente este encuentro de todos los pueblos que llegaban á sus puertas pidiendo hospitalidad, les dió la carne de su carne en comunión. En cierto día del año toda mujer de sangre babilónica iba á sentarse bajo el mirto sagrado de la diosa Milyta, y allí esperaba á que un extranjero dejara caer sobre su falda una moneda, señal de que la elegía por esposa. La Reina del Éufrates amasaba así unas razas con otras como el racimo en el cubito del vendimiador. Babilonia, pues, había terminado su misión histórica, y el genio civilizador tendió sus alas prosiguiendo su peregrinación hacia Occidente, para posar su vuelo sobre la Grecia.

Grecia, ese país risueño y pintoresco, nacido de una sonrisa del Mediterráneo, que cual blanca nereida se mece entre sus blancas y espumantes olas, cu-

bierto por un cielo siempre azul y sereno, era el país destinado para que la humanidad se deshiciese por completo de las pesadas cadenas que hasta entonces la habian ligado á la madre naturaleza, y contemplándola frente á frente la diese aquel ósculo divino de donde habia de nacer el arte, y hé aqui la razon por qué este país bendecido realizó el arte en la historia. La mujer griega tiene ya su personalidad, porque es libre mientras no penetra bajo la bóveda del *Ginneceio*. Y aun allí, si bien su alma estaba reducida á la esclavitud, porque no podia asistir ni al festin ni al espectáculo, aunque ignorante completamente de todo, era más libre que la mujer oriental, porque reinaba sola en el hogar doméstico; mandaba al esclavo, y, al mandarle, ejercitaba el aprendizaje de su naciente voluntad; y por la noche, al lado de la cuna de su hijo, meditaba con más firmeza de corazón en el porvenir. Pero cuando la mujer toma en Grecia el nombre de *hetaria*, entonces nace á la vida intelectual sobre una litera coronada de mirtos, en medio del caos de los amores. La Grecia daba á la *hetaria* un asiento en sus festines y banquetes, la reconocia una vida pública, concediéndole una magistratura de influencia. Aspasia acaba de cantar el génio griego, personificado en su amante, en el himno de Safo, más dulce aun que las plácidas y murmuradoras brisas que se respiran bajo aquel cielo tan riante, embalsamadas por los perfumes del Himeto.

Roma, con su espíritu absorbente y realizador, prepara á la mujer su emancipacion, que habia de conseguir por completo, despues que en el Calvario exhalara su último suspiro el Hijo de Dios.

Un dia, la humanidad sintió que el mundo antiguo se conmovia por su base; ávida de una nueva idea, y deseosa de una nueva aspiracion, volvió los ojos hácia el Oriente, y vió que dentro de Roma, en el Panteon, se desplomaban todas las teogonías del paganismo, y al mirar rotos y confundidos sus ídolos todos, tembló y derramó una lágrima, signo precursor de ventura y esperanza.

Roma, reuniendo en el Panteon los dioses de todas las teogonías, en el Senado los hombres de todas las razas, en el Gobierno la democracia griega y la teocracia oriental, en el arte los principios de todas las civilizaciones anteriores, y habiendo dado, en fin, la nocion del Derecho, cumplió su gran misión histórica, consumando materialmente la unidad humana.

Entre tanto la humanidad seguia dirigiendo sus

miradas hácia el Oriente, cual si previera que de aquella parte habia de salir la nueva idea revolucionaria. En efecto: en medio de la mayor pobreza nacia un Niño que se educaba á fuer de trabajo y de privaciones; pero de cuya boca salian las palabras más dulces que el néctar que liban las abejas en los cálices de los capullos de Gericó, estimulando á los hombres á la virtud, al trabajo y á la resignacion, dándoles ejemplo al morir enclavado en un madero, perdonando á sus enemigos, y haciendo á la mujer el sér más digno de la creacion, puesto que una mujer le habia llevado en su seno.

El mundo pagano, pues, iba á morir; pero antes de desaparecer para siempre de la inmensa necrópolis de las cosas humanas que llamamos *historia*, quiso resumir su pensamiento bajo una figura última. En el dia señalado para esta solemne agonía, se levantó una mujer á orillas del Nilo, como la radiante encarnacion del génio de la antigüedad. Hija del geómetra Theon, halló la ciencia innata en su cuna; aprendió en los brazos de su padre y sobre sus rodillas la astronomía; deletreó como primer alfabeto el firmamento; midió el espacio jugando con la punta de su compás, y despues de haber leído en el cielo los secretos de los astros, fué á Atenas á estudiar la astronomía del pensamiento; evocó, bajo los verdes plátanos del Pireo, la sombra errante de Platon; y cuando hubo recogido en su seno el espíritu griego, volvió á Alejandría. Á su vuelta, la juventud neoplatónica la hizo sentarse en la cátedra, donde aun se escuchaba el eco de las palabras de Plotino.

Era hermosa; pero de esa hermosura tranquila de las estatuas; nunca al palpar su seno levantó con sus latidos los pliegues de su cinturon. Todo lo recogido de la inteligencia humana vino de los tres continentes á sentarse al pié de su cátedra; como si el mundo griego se quisiese hacer oír por medio de la palabra que brotaba de sus labios perfumados de miel bíblica, y como para ver brillar sobre su frente, coronada de verbena, el último suspiro de la antigüedad.

La celebridad de esta musa, nacida de una sonrisa de la Grecia, perdida en los límites del siglo v; era un insulto vivo á la idea cristiana; la poblacion monacal de Alejandro se estremeció, y un sueño de sangre visitó al cenobita Pedro, que dormia en su celda. La tempestad bramaba sobre la hermosa cabeza de la musa griega; pero la jóven inspirada, orgullosa en medio de la multitud, atravesaba lenta-

mente las calles de Alejandría; de pié, vestida de púrpura sobre un carro tirado por cuatro caballos blancos, sujetando con su ebúrnea mano las bridas, y perdida la mirada en los inmensos espacios, meditaba en Dios con toda la esencia de su pensamiento; y cuando había pasado el estremecimiento de su veste, flotaba en pos de ella como el ruido divino de su meditación. No oía en la serenidad de su éxtasis ladrar al monge de Neustria, ese perro sombrío del Desierto, que la arrastró de su carro, conduciéndola á la iglesia del *Cesarium* para destrozar su hermoso cuerpo con el cortante de una concha: y cuando desmayada y herida cerraba sus ojos para dormir el sueño eterno, fué empujado su tronco sangriento ante el Dios del Calvario, cual el holocausto sublime de las antiguas ideas á la idea regeneradora. Desde este día, el alma del mundo antiguo, que se llamaba en la tierra *Hipatia*, vaga misteriosamente entre la brisa, esperando una nueva encarnación. Así murió trágicamente á manos del cristianismo la última personificación de la antigüedad. Debía morir, en efecto, ella, que no sabía amar, llevando en su seno virgen el germen de la metafísica de Platon. ¡Sér infeliz, que, á pesar de toda su esencia, no llegó á comprender el inmenso servicio que había hecho á su sexo la idea cristiana!

El amor únicamente es fecundo.

Cristo había dicho: «*Yo soy el amor.*»

El Apóstol fué á sembrar esta palabra sublime por toda la Europa. La civilización siguió al cristianismo.

JACINTO GARCÍA PEREZ.

EN UN ALBUM.

¿No ves que henchida de mortal congoja,
El alma acaso que soñó placeres
Te va á manchar la perfumada hoja
Do pobres versos que te ponga quieres?
¿Por qué en un libro donde solo existe
El plácido fulgor de tu alegría
Pretendes encontrar la nube triste
Que empaña el sol de la esperanza mía?
¿Por qué entre la verdad de los cantares,
De nobles vates esplendente gloria,
La sombra quieres ver de mis pesares
Do va perdida mi pasada historia?
¿Por qué en el lienzo á quien le presta encanto

La rica inspiración de tus pinceles
Quieres hallar mi dolorido canto
Y reunirlo al florón de tus laureles?
¡Ah! no, perdona: de la pena dura
Recuerdos son que mi existencia hieren,
Mas que ante el sol de tu inocencia pura
Presto se van y para siempre mueren.

Yo he surcado la mar de los dolores,
Y aunque jamás mi fé se restituya,
Guardo en el alma pintorescas flores
Para hermosa virtud como la tuya.

Nada te importe que mi voz doliente
Infunda al corazón triste querella,
Mientras que rosa divinal tu frente
Al cielo eleve su corola bella.

Mas si al recuerdo de mi acerbo llanto
Alguna vez tu corazón se enoja,
Maldice el eco de mi pobre canto
Y arranca al libro la importuna hoja.

A. ALCALDE VALLADARES.

GALERÍA HISTÓRICA.

VII.

ZOHRAH.

Con vuestro permiso, lectoras mías, permitiré hoy la entrada en mi galería á la mas pintoresca de las musas, á la mas popular de las ficciones, á la *Tradicion*, en fin; que si no hermana de la historia, podemos asegurar que es su más querida compañera.

La Tradición, mariposa juguetona, con alas de brillantes colores, jugaba por saludaros alguna vez, entrando en este humilde museo de pobres cuadros históricos: hoy se ha deslizado como una sombra, no sé decir si á mi pesar, y es preciso ser indulgentes.

La Tradición ocupa hoy este lugar: pero no la tradición lúgubre y tenebrosa, si no la musa de los cuentos de oro y plata.

Es una tradición ligada con la historia.

Es también una mujer-flor, una sombra luminosa, una gota de agua resbalando en una violeta.

Escuchad.

Las puertas del *Eden* acababan de cerrarse para las Peris.

El *Misericordioso* había llamado ante su trono á estas hijas del aire, emanaciones de la luz, y las dijo:

«Id á la tierra donde mi grandeza no tiene aun palacio digno; esparcidos por ella, y haced que los hombres fabriquen una mansion celestial; id, y hasta que lo hayais conseguido os vereis privadas de gozar la felicidad con que brindan estos jardines de delicias:» y las Peris, inclinándose con respeto, comenzaron á volar hácia la tierra, condolidas al verse deserradas del Paraíso, y sus lágrimas, suspendidas al caer en el espacio, quedaron transformadas en estrellás.

Muchas lunas pasaron sin que las Peris mirasen abierto el camino de la dicha.

La mano de la Noche habia descolgado la cortina recogida por la aurora, y la tierra duerme bajo un pabellon azul bordado de luceros. La luna se balancea en el espacio, rueda el rocío por el menudo césped, revolotea el buho por cima de las palmeras, la brisa acaricia á las flores, y el insecto se asoma poco á poco entre el follaje.

Es la media noche; todo silencio, todo grandeza.

Zenana, la reina de las Peris, saca la cabeza de las ondas del Guadalquivir, y al ver su frente de nieve, palidece la luna avergonzada. En aquel rostro hermoso y radiante como el cielo que cobija las islas perfumadas de *Cachemira*, se adivina un tinte de tristeza, como las brumas que se levantan del mar al brillar el lucero de la tarde.

La Peri no olvida la proscripción que pesa sobre su raza, y abandonando su gruta de corales, comienza á caminar sobre el césped que se dobla bajo sus plantas.

Zenana arranca de un almendro una ramilla poblada de flores, y traza con ella un círculo sobre la arena: las aguas del río, antes tranquilas, bullen un instante, como rizadas por el céfiro, dando paso á ligeras nubecillas, que balanceándose un momento sobre la corriente, se dirigen á la orilla, donde quedan transformadas en otras tantas Peris.

Es la única hora en que pueden reunirse á llorar sus desgracias.

Cuando la reina se mira cercada de las ninfas, estiendo las manos sobre ellas que se inclinan con respeto, agitando sus alas de mariposa.

«Hermanas mías: esclama Zenana, un rayo de esperanza ha caído sobre mi corazón, inspirado tal vez por el gran Alá, venid: y pues el amor domina al hombre, fiemos á esa pasión el logro de nuestros afanes.» Abderraman III se asienta en el trono de

Córdoba; sus tesoros, inmensos como su poder, nos aseguran el triunfo: démosle una doncella hija de la perfección, cuyos ojos alcancen para nosotras el bien tan deseado.»

Dicho esto, las hadas se esparcen un momento por el bosque y tornan luego á la orilla, llevando en la falda de sus flotantes vestiduras preciosas flores silvestres; Zenana se adelanta y deposita sobre el césped su perfumada carga; sus hermanas la imitan, la reina toma en la palma de su mano una poca de agua, y arrojándola en brillantes gotas sobre el montoncillo que acaban de formar, esclama:

—¡Hija de las flores, sé nuestra salvación!

Las flores estenden sus manos y se alejan hundiéndose en el río: todo quedó en silencio.

Un tibio resplandor brilla á poco en Oriente; las estrellas palidecen, suspiran las brisas de la alborada, la aurora asoma su frente ceñida con un turbante de nubes nacaradas.

Un vapor denso comienza á levantarse en torno del florido depósito de las hadas, y le envuelve; á poco, el sol sacude su cabellera de oro, sus rayos disipan lentamente la blanca nube que oculta el florido montoncillo, y aparece una doncella dormida.

Hermosa es aquella niña recién creada por Alá; hija de las flores, ellas le han prestado á porfía sus más hermosos dones. El clavel dió el vivo color á sus labios, la rosa tiñó sus mejillas, tersas como el mármol de Sierra-Elvira, la azucena formó su turgente seno, el laurel habíale prestado la gentileza, la violeta imprimía en su rostro el signo del pudor, atractivo irresistible de la belleza, y su aliento le habia arrancado el jazmín de sus hojas para encerrarlo en aquella boca de corales y aljofar. Cubierta con un manto de nítida blancura, aquella preciosa niña ostentaba, pendiente de su cuello, un collar de ricas perlas engarzando un medallón con esta palabra, formada de rubies, *ZOHRAH* (flor); y ceñía sus dorados cabellos una corona de rosas blancas.

Encantadora está la hija de las flores; sumida en su sueño de virgen, los limoneros se inclinan hácia ella impelidos por el aura, y los almendros dejan caer sobre su lecho una copiosa lluvia de blancas florecillas.

¡Triste del que llegue á ver á Zohrah! Pronto sentirá en su corazón la llama de cien volcanes.

¡Abderraman, huye del bosque! ¡Ay de ti si tus ojos de pantera se encuentran con la mirada fascinadora de esa tórtola del Guadalquivir!...

Pero lo que está escrito, tiene que cumplirse.

Abderraman ocupaba el trono de Córdoba: la felicidad le sonreía; pero el Califa no era feliz: veíase rodeado de cuanto el hombre puede apetecer; pero en su pecho sentía un vacío desconocido. De afable, habíase tornado huraño; ni sus poetas ni sus odalis-cas conseguían apartar de su frente la tristeza.

Era que el amor, el verdadero amor que identifica al hombre con la Divinidad, no había jamás brotado en su pecho.

Abderraman soñaba dichas despierto.

Era una mañana clara, límpida y brillante.

Suena la trompeta de caza: el rey, seguido de sus leales servidores, se lanza á los bosques, pero Abderraman continúa triste.

De pronto, y al pasar el tropel de cazadores junto á una morera, un pájaro se remonta en el aire: «magnífica es aquella ave, conocida entre los egipcios con el nombre de *Sultana*; sus plumas, de un azul brillante, despiden rayos de púrpura y oro, y su cuello erizado y blanco, parece adornado con un collar de perlas.»

Los cazadores la siguen á todo el escape de sus corceles..... Luego la ven descender y posarse sobre la copa de un limonero; todos tienden sus ballestas, van á soltar el dardo, y se detienen asombrados. Á sus ojos, y recostada sobre el tronco del árbol, contemplan una niña hermosísima: es Zohrah.

Abderraman se dirige precipitadamente hácia la huri, que no parece extrañarse de aquella visita.

Y Zohrah es conducida á palacio; el rey está ciego de amor; el pueblo murmura.

Pasan lunas, y Abderraman corre en vano á los piés de su cautiva, y ni una sola palabra alcanza de aquella boca seductora.

Zohrah habita la más preciosa mansion del alcázar: es servida por las más esbeltas esclavas, y viste los más costosos ropajes; pero nada de esto basta para que luzcan sus ojos y se abran sus labios con cariño.

Abderraman en tanto palidece, y la corte comienza á inquietarse, y el pueblo habla de encantamientos y hechizos.

Habían pasado siete lunas desde que el Califa encontró en el bosque y trasladó á su palacio á Zohrah. El amor más frenético ardía en el pecho de Abderraman, amor que se aumentaba con los desdenes de la esclava.

Una noche clara y esplendente, la cautiva se en-

contraba sola en su estancia; Abderraman á sus plantas le juraba, como siempre, amor eterno.

—¡Alma de mi alma! exclamaba el Califa, ébrio de cariño, ¿te habrás compadecido de mí?

—Para decírtelo, replicó despues de un esfuerzo Zohrah, necesito un palacio cual no haya habido otro en la tierra, y cuando este levante sus cúpulas de oro, escucharás de mi boca lo que en vano antes quisieras oír. ¡Lo tendrás, ángel de luz! exclamó Abderraman entusiasmado.

Algun tiempo despues los cordobeses vieron alzarse como por encanto, á dos leguas de la ciudad y junto á la orilla del Guadalquivir, el alcázar deseado por la cautiva; obra colosal, magnífica, que podría servir de mansion al mismo Profeta. Mientras su edificacion, Zohrah continuó desdeñando, y el Califa adorando en ella como un niño, y esperando ver terminada su obra para reclamar su promesa. Al fin el palacio maravilloso estuvo concluido. El soberano mandó trasladar á su cautiva dentro de una litera de ébano.

Cuatro mil y trescientas columnas de mármol, delgadas cual la rama de un laurel, y esbeltas como una palmera, sostenían los patios y galerías del alcázar.

El pavimento de sus suelos lo formaban jaspes de diversos matices y colores peregrinos, imitando, ya una pradera cubierta de flores, ya el firmamento bordado de estrellas; las paredes revestidas de estucos y salpicadas de oro y plata, las techumbres resplandecientes con arabescos en relieve cincelados con primor, y aquellos salones, galerías y patios, sembrados de fuentes, de bosques, de jardines.

Pero donde más brillaba la magnificencia era en un pabellon (1) destinado á la hermosa cautiva.

Sosteniendo sutiles columnas de alabastro, coronadas de chapiteles de oro, eran sus puertas de ébano y marfil incrustadas en nácar y corales, y en el centro de la estancia, sobresalía una concha de pórfido, de la que brotaba un surtidor de azogue que cayendo en mazorca, á guisa de agua, despedía á los rayos del sol miles y miles de visos centellantes. En los cuatro ángulos del pabellon se veían cuatro tazas de alabastro rebosando agua, en cuyo centro resplandecían otros tantos cisnes de oro, labrados en Constantinopla, y del techo, recamado de incrustaciones de azul y plata, colgaba una perla magnífica,

(1) Histórico.

regalada al Califa por el emperador griego Leon VI.

El día que quedó terminado el palacio, Abderraman voló á su favorita. ¡Oh prodigio! ¡Zohrah había desaparecido! Sobre su lecho se veía un montoncillo de flores y un pergamino con esta inscripcion en caracteres níficos: «Adios, Abderraman, cumplió su mision la flor y tórnase al cielo.»

El asombro fué general.

El rey delirante y ciego, recorrió todo el alcázar, sus miradas se hicieron inciertas y vagas como las de un insensato y su grandeza cayó bajo una capa de idiotez que asustaba.

Nadie pensaba en la cautiva sin horrorizarse; la hechicera mansion fué apellidada *Medynat al Zohrah*, que quiere decir, «ciudad de la flor;» en ella pasó Abderraman el resto de sus días, solitario y silencioso hasta que la muerte le llevó consigo.

Al conducirle á sepultar á la macbora del real alcázar, un precioso pájaro de azul plumaje siguió el ataúd y revoló sobre la tumba, dando tristes gemidos; al amanecer del siguiente día, todo el borde del sepulcro apareció cubierto de flores, nacidas como por encanto durante la noche.

Aquellas flores nunca se marchitaban, y si por acaso las arrancaba alguna mano profana, volvian al instante á brotar más frescas y lozanas.

Y aun algun campesino moro, al atravesar durante la noche junto á los fúnebres jardines, contaba haber visto la sombra de una bellísima mujer vestida de blanco que se cernia sobre la tumba de Abderraman.

En cuanto á las Peris, fueron perdonadas y volvieron á ocupar en el Paraíso el lugar de que por un tiempo se habian visto despojadas.

Alá quedaba completamente satisfecho del alcázar apellidado *Ciudad de la flor* palacio de cuya riqueza y maravillas, tan solo se encuentra el recuerdo en las crónicas árabes ó en las baladas de algun poeta.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

PEDRO.

CUENTO ALEMAN.

(Traduccion.)

A media noche dejamos el lugar; Teresa montaba una jaca que un tío suyo la habia regalado, la que yo habia decidido podia sustraer porque no pertenecía

á su padre. Habia en una alforja un pequeño lio de nuestros vestidos, algunas provisiones y muy poco dinero, fruto de los ahorros de Teresa; era todo lo que esta llevaba. Yo no habia querido tomar nada, ¡tan verdadero es el que la juventud se crea virtudes á su placer! pues cuando robaba una hija á su padre hubiese tenido escrúpulo de llevarme nada de su casa.

Caminamos toda la noche, y al amanecer el día estábamos en la frontera de Bohemia, sin temor de ser alcanzados. Nos detuvimos en un pequeño valle, al borde de uno de esos arroyuelos que tanto se complacen en hallar los enamorados. Teresa se apeó de la jaca, se sentó conmigo sobre el césped, y tuvimos un frugal pero delicioso desayuno. Una vez acabado, nos ocupamos en pensar lo que habíamos de hacer.

Después de liquidar por largo rato, habiendo contado más de veinte veces nuestro dinero, y valuado la jaca en su mayor precio, siempre hallamos que todas nuestras riquezas no llegaban á veinte ducados. Veinte ducados no eran suficientes para mantenernos por mucho tiempo. Determinamos que era preciso llegar cuanto antes á una capital, por estar más á cubierto si alguien nos perseguia, y para casarnos lo más pronto posible. Después de esta prudente resolución, tomamos el camino de Egra.

Apenas llegados, fuimos corriendo á la iglesia, donde un sacerdote nos casó; le dimos la mitad de nuestro corto tesoro, ¡mas nunca se ha dado gratificación alguna de más buena voluntad! Nos parecia que habian acabado todas nuestras penas, no teníamos nada que temer, y todo fué bien por espacio de ocho días.

Al cabo de una semana ya estaba vendida la jaca, y al cabo de un mes ya nada poseíamos. ¿Qué hacer? ¿Qué recurso tomar? Yo no habia aprendido nada más que las faenas del campo, ¡y los habitantes de las ciudades hacen tan poco caso del arte que les da el sustento! Teresa, que no era más apta que yo para ganarse la vida, sufria y temblaba por el porvenir, y mutuamente nos ocultábamos nuestras penas, lo que era un suplicio cien veces más horrible que las penas mismas.

Al fin, no teniendo otro remedio, me enganché en el regimiento de caballería que estaba de guarnición en Egra, y el precio de mi reenganche fué entregado á Teresa, que lo recibió llorando.

Mi paga me bastaba para vivir, y lo poco que Teresa trabajaba, enseñada por la necesidad, le pro-

porcionaba el medio de llevar adelante el equipo de nuestra casa. Un hijo vino á estrechar nuestros lazos: eras tú, mi querida Gertrudis; Teresa y yo te contemplábamos como á la que debía ser la felicidad de nuestra vejez. Lo mismo hemos dicho siempre á cada hijo que Dios nos ha concedido, y nunca nos hemos engañado. Te di á una nodriza por que mi mujer no podía criarte; desolada pasaba los dias junto tu cuna, mientras que yo, por medio del exacto cumplimiento de mis deberes, trataba de adquirir la estimacion y amistad de mis jefes.

Federico, mi capitán, que no contaba mas que veinte años, se distinguía de todos los otros oficiales por su amabilidad y por su figura. Me habia tomado afecto, y le referí mi aventura; vió á Teresa, y le interesó nuestra desgracia. Todos los dias nos ofrecia hacer diligencias para con Aimar; me prometió bajo palabra que, pues que yo dependia absolutamente de él, me volveria la libertad así que hubiese aplacado á mi suegro. Federico habia escrito ya á nuestro lugar, sin recibir contestacion.

Pasaba el tiempo, y no parecia que mi jóven capitán se cansase de protegernos. Mientras tanto, Teresa estaba mas triste cada dia, y cuando le pregunté el motivo me habló de su padre, y varió la conversacion. Lejos estaba yo de pensar que Federico era la causa de su pesadumbre.

(Se continuará.)

R. FERRER Y BIGNÉ.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Digresion.—**Punto y aparte**, zarzuela en dos actos, arreglada del francés por el Sr. Larra.—**Las riendas del Gobierno**, comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Zumel.—Liceo Piquer.

En la anterior revista hicimos mérito de una comedia en tres actos representada en el coliseo de Jovellanos bajo el título de *Ni tanto ni tampoco*, cuyo padre literario encubrió su nombre con un pseudónimo para revelarles despues en las columnas de un periódico noticiario. De esta declaracion resulta que el tal padre no es el Sr. García Rodríguez como nos dijeron en el teatro, sino D. Gaspar Nuñez de Arce, periodista muy entendido y autor de un drama bastante apreciable titulado *Deudas de la honra*, que si

mal no recordamos se representó en el coliseo de Lope de Vega con buen éxito en aquella temporada inolvidable que nos ofreció tambien la linda comedia de Tamayo nominada *Lo positivo*.

En el número anterior consignamos, con la franqueza é imparcialidad que nos caracteriza, el concepto que nos habia merecido la última comedia de don Gaspar Nuñez de Arce, y la juzgamos desde luego endeble, pueril é insustancial, de pobrísima trama y de no muy rico argumento. Sin embargo, á pesar de esto, la comedia del Sr. Arce no carecia por completo de alguna que otra condicion recomendable, especialmente en el diálogo, que es fácil y correcto, abundante en chistes y sales cómicas, por cuya razon creimos desde luego que la obra era susceptible de alcanzar más vida en la escena que la que suelen tener por regla general otras producciones infinitamente peores, entre ellas la mayor parte de las que nuestros zurcidores y arregladores de teatro importan del vecino imperio.

Nos llevamos chasco solemne. Á los tres dias de su nacimiento espidió la empresa de Jovellanos partida de defuncion á la tal obra, y cuando el público se devanaba los cascos por aclarar este misterio, hé aquí que sale en un periódico una carta del autor, dando explicacion cumplida del suceso.

De la carta en cuestion resulta que el Sr. Nuñez de Arce ha retirado su obra movido por un sentimiento plausible de dignidad, en atencion á que la empresa se habia permitido ofrecerle un tanto por ciento menor del que se fija en el reglamento orgánico de teatros, accion poco decorosa en verdad, y que hace poco honor á la empresa, si se confirma en todos sus detalles.

Mucho sentimos tener que ocuparnos en estas columnas de tan desagradable incidente; pero la mision de la crítica está en dar á cada uno su derecho, y no cumpliríamos con los deberes que nos impone si en esta ocasion no nos mostráramos defensores celosos de los fueros de la justicia, que es una virtud noble y santa, á la que rendimos un verdadero culto.

En primer lugar, nos parece que aunque la empresa quisiera probar la razon que la asiste, alegando que tiene el derecho de contratar en la forma que mejor la convenga, parécenos, repetimos, que ha intentado ejercer ese derecho demasiado tarde, porque no ha debido presentar sus condiciones al autor despues de haber representado su obra, sino antes, en cuyo caso, á pesar de lo que se prescribe en el

reglamento orgánico de teatros, se puede aceptar ese contrato bilateral, siempre que entre las dos partes haya agrado y libérrima voluntad para consumarle. De todos modos, este contrato nunca puede tener validez en el terreno legal cuando el autor se niega á cumplirlo, porque está terminantemente prohibido en el reglamento de teatros y en otras disposiciones vigentes sobre la materia; pues si bien es verdad que hay un decreto del Sr. Beltran de Lis que modifica la mayor parte de los artículos de aquel reglamento, también lo es que el referido decreto no altera en nada los artículos que se refieren á los derechos de propiedad de las obras dramáticas, y por lo mismo siguen conservando su validez primitiva.

No es esta ocasion de apreciar la cantidad mayor ó menor de razon y de justicia que encierran las disposiciones del reglamento orgánico de teatros: nosotros las consideramos grandemente convenientes, ó, mejor dicho, imprescindibles, si se quiere que la literatura dramática avance por la senda de un legítimo progreso, y no vuelva á caer en la espantosa sima donde antes se habia sepultado. De cualquier manera, interin no se deroguen esas disposiciones, conservan su carácter legal, y las empresas tienen el deber de cumplirla; so pena de incurrir en la responsabilidad que está señalada.

Esperamos que la de Jovellanos hará oír su voz en este asunto, dando las esplicaciones que considere oportunas para destruir el mal efecto que ha producido en la opinion la carta del Sr. Nuñez Arce, y hasta tanto suspendemos nuestro juicio á fin de no herir la susceptibilidad de nadie. Por de pronto, sí, reconocemos que la conducta del Sr. Arce ha sido digna y levantada, y ¡ojalá tuviera muchos imitadores entre los que sacrifican su decoro en aras de un comercio repugnante!

De novedades, bien medianas tenemos que dar cuenta á nuestros lectores. El Sr. Larra ha dado á Jovellanos una zarzuela en dos actos, flamante y nuevita, exhumada de las tiendas literarias de allende los Pirineos, cuyo título es *Punto y aparte*.

Punto redondo debíamos hacer para examinar aquel desatino vaciado en dos actos mortales, como pudo haberse vaciado en cinco ó en seis si al traductor se le hubiera antojado; pero no podemos menos de consagrarla algunas líneas, lamentándonos de que el Sr. Larra, que tan buenos laureles alcanzó en su drama *La Oracion de la tarde*, malgastase su tiempo en zurcir obras de un género tan menguado y baladí

como el de la desventurada zarzuela que acaba de presentarnos.

Esto es tanto más punible, cuanto que el Sr. Larra, que tiene un claro talento, y que puede crear por su cuenta, no hace caso de los consejos amigos de la crítica, antes bien sigue adelante por la mala senda, consagrandole sus años mejores á objetos frívolos que han de reportarle muy escasa gloria y muy escaso provecho.

Su última zarzuela es un engendro vergonzoso, plagado de chocarrerías insipientes y de chistes que salvan las reglas del decoro y de la decencia. No tiene piés ni cabeza, ni siquiera se amolda á las leyes del sentido común, razon por la cual su vida ha sido una verdadera tortura para el público, que la ha tratado con desden soberano. La música, original del Sr. Rogel, agradó mucho más que el libreto, y en alguna ocasion le salvó del naufragio que le amenazaba, logrando atemperar la severidad del público.

Nada nuevo nos ha ofrecido el coliseo de Oriente. En cambio se siguen allí haciendo con buena fortuna algunas de las óperas que nos son conocidas, entre las que figuran *Fausto*, *Lucrecia* y *Semiramis*, que serán probablemente las obras de la temporada.

Teníamos ya cerrada esta revista, y abrimos gustosos en ella un paréntesis para dar cuenta á los lectores de un éxito que acabamos de presenciar en el teatro de Jovellanos.

Se ha estrenado en dicho coliseo una bonita comedia, en tres actos y en verso, original de D. Enrique Zumel, nominada *Las riendas del Gobierno*, la cual se ha hecho acreedora al favor del público por las buenas condiciones que la adornan.

El argumento es simple y trivial, y la trama casi nula; pero cautiva y agrada por lo bien que se sostiene el diálogo, por la abundancia y novedad de los chistes, todos ellos muy intencionales y nada indecorosos, y además por la oportunidad que encierran.

Es esta una de esas comedias políticas donde el elemento cómico se desarrolla á espensas del ridículo que brota de ciertas prácticas parlamentarias. El objeto, como se ve, era peligroso; pero en la obra del Sr. Zumel ha sido tratado con discrecion y talento, valiéndose el autor de resortes en extremo ingeniosos para llevarle á buen término.

Los caracteres son exagerados, y esto da margen á que la obra se muestre asainetada en algunos momentos. La versificación es un poco áspera y des-

igual; pero todas estas incorrecciones se toleran en gracia de las sales cómicas que la adornan. Los actores la interpretaron bien, á escepcion del Sr. Cuchero, que nos disgustó mucho. Mario sacó un excelente partido de su papel, y tuvo felices momentos. Al fin del acto segundo fué llamado el autor al palco escénico, y salió á recibir los honores de su triunfo.

Cerramos definitivamente esta revista, dando á nuestros lectores, y especialmente á nuestras lectoras, una buena nueva.

El inolvidable Liceo Piquer abre por fin sus puertas el sábado próximo. Lo celebramos con verdadera alegría, y nos damos á la vez la enhorabuena, porque tendremos el honor de hacerle nuestra cordial visita, y de trasladar á estas columnas las hermosas impresiones que se reciben en aquel templo de la amistad, del regocijo y del arte.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

¿Sabríais acaso queridas lectoras, qué guarnición es la más nueva para sombreros y prendidos?

En este caso estais más adelantadas que nosotros. Lo cierto es que hemos llegado á depasar los límites de lo imaginable, que hasta el presente utilizábamos los pájaros, los insectos etc., y que todo esto se abandona hoy y lo reemplaza ¿el qué? la espada y el puñal.

Tened cuenta, señores pollos, y dirigid vuestra vista hácia las cabezas de nuestras elegantes; apercibireis en el interior de sus sombreros dos puñalitos dispuestos sobre una flor, y una espada colocada al viés sobre el ala atravesando por entre olas de tul. ¡Cáspita! ¿Quién será el guapo que se determine á aspirar el perfume de una flor tan cuidadosamente guardada?

Como quiera que sea, esta es la alta novedad aceptada con entusiasmo.

Estos graciosos instrumentillos, los hallamos asimismo en los prendidos de baile y de sociedad. El bucle atravesado por una espada y los bandeaux por dos puñales, obtienen un éxito que raya en frenesí,

pues cuanto más escéntrica sea una cosa, tiene más tendencias á llevarse la palma.

El Carnaval, largo este año, permite consagrar enteramente al placer el mes de febrero, en consecuencia, debemos dedicar nuestra revista casi exclusivamente á los trajes de baile. Citaremos desde luego las túnicas de tafetan con que se recubren ciertos trajes de sociedad, innovación que provee de graciosos arreglos,

Hé aquí algunas descripciones detalladas.

Vestido de tul blanco sumamente largo, y levantado de distancia en distancia por mazorcas de cinta mediana á cocas descendentes que forman draperías contradecidas, terminando la falda con tres volantes. La túnica de tafetan rosa, como la cinta, descende por detrás hasta un tercio de la falda, redondeándose súbitamente por los lados á fin de despejar bien el delantero del traje, y se reúne en el talle para subir abriéndose hasta los hombros. Mangas pequeñas algo anchas dejando pasar un bullon de tul blanco. Sobre el delantero del cuerpo bullonados de tul formando peto casi enteramente oculto por una mazorca de cinta á cocas descendentes. La túnica y el delantero del cuerpo, como asimismo el borde de las mangas, van recortados á festones redondeados y guarnecidos de un encaje negro, sobre cuyo pié se descubre un ruche de tafetan realzado de un estrechísimo encaje. Grupos de rosas con barbas de encaje en los cabellos.

Como traje enteramente vaporoso es una falda de tul blanco sembrada de lunares de oro y cubierta con otra de tul liso, hendida por delante, y levantada en drapería sobre los lados por medio de dos golondrinas que le sirven de gafetes. Sujeta esta luminosa espuma un alto cinturón blanco y oro con filetes negros, cerrado con una ancha hebilla en oro recortado. Lazos de cinta igual adornan los hombros con otra hebilla del mismo género. La drapería del cuerpo es en tul á lunares de oro retenida por una golondrina, y el prendido se compone de los cabellos dispuestos en diadema, con una golondrina colocada por delante, y por detrás trenzas de pelo arreglando cocas descendentes.

El siguiente traje es un tipo de riqueza para soirée ó banquete. Es de tafetan malva guarnecido de un alto encaje negro simulando el bajo de una túnica, y otro más estrecho que limita el delantero de dicha túnica y designa un peto sobre el cuerpo.

Otro encaje semejante se coloca en sentido inver-

so de los precedentes, pié contra pié, mientras otros dispuestos del mismo modo forman montantes que se elevan por los lados hasta el talle. Guarnece el centro de estos adornos una pasamanería con azabaches. El cuerpo puede ser á voluntad, escotado ó alto, así como las mangas cortas ó largas.

Para señoritas muy jóvenes tenemos los dos siguientes encantadores modelos:

Uno es maravilloso, de foulard á rayas, lila y blancas con tres vieses, lila puro en el bajo ocultando el pié dos estrechos encajes negros, de los cuales uno remonta y otro desciende. Cuerpo escotado con punta arriba y abajo, encerrado en un viés lila guarnecido de encajes. No lleva mangas del traje pero sí muy huecas de organdí blanco y una guimpe de la misma tela, y plegada.

El otro es de tafetan azulcielo y encima una falda de tarlatana blanca guarnecida en el bajo con tres ruches bordeados de cinta azul. Supera esta falda una túnica también en tarlatana blanca, guarnecida en el bajo con otro borde igual cortado á dientes estremadamente hondos y puntiagudos. Cuerpo escotado con draperia, y un echarpe de seda azul brochado de plata colocado á lo oriental, es decir, sumamente bajo sobre las caderas, y anudándose al lado algo hacia atrás, terminado en dos cabos franjeados de plata. El prendido es una corona de lirios y yerbas superadas de plata. Terminaremos con algunos detalles sobre los trajes de los niños.

Para uno de dos años, vestido de popelina escocesa á cuerpo liso con aldetas y mangas semi-ajustadas adornadas de jockeys, todo ello guarnecido con estrechos vieses de terciopelo negro, retenidos por botones dorados. En la cabeza una capotita blanca, rodeada de una tira de terciopelo encarnado y guarnecida de una pluma blanca.

Para niño de cuatro años, vestido de popelina azul de China guarnecido en el bajo de la falda con una tira recta en terciopelo negro. Cintura redonda en idem, de donde se escapan pequeñas muletillas de terciopelo terminadas en punta. Cuerpo de escote cuadrado y guarnecido al borde por una tira de terciopelo que retiene tres cabos formando jockeys sobre los hombros. Mangas semi-largas, guarnecidas de terciopelo. Este traje se abotona por delante con botones negros. Capota negra, guarnecida de terciopelo azul y una cabeza de pájaro.

Niña de siete años. Falda Gabriela en tafetan gris con dos vieses de terciopelo azul azulina, reteniendo

cada uno una franja de bolas azules. Bolsillos colocados al viés y guarnecidos de terciopelo y bolas. Vesta señorita de terciopelo azul con franja de bolas.

JOAQUINA DE CARNICERO.

LABORES.

Hoy empezamos á cumplir la deuda que tenemos contraída con nuestras suscriptoras de ofrecer algunos modelos de labores, que siempre sean útiles y de fácil ejecución. Las que presentamos en este número no pueden ser más interesantes ni económicas. Las señoritas laboriosas que se propongan llevarlas á cabo, pueden adquirir todo lo necesario para ellas en los almacenes de quincalla y bisuteria, donde para formarse mejor idea verán á medio hacer los canastillos, semejantes al que tenemos el gusto de ofrecerles en nuestro grabado.

Modo de adornar un canastillo de mimbres finos ó de madera calada.—Puede servir para poner tarjetas, ó para tocador.—Esta labor debe hacerse en bastidor.

Núm. 1. El fondo ó asiento del canastillo es de paño encarnado, la turca de debajo es de cachemir ó merino blanco, la de encima de color azul, y las estrellas son de color encontrado al de la turca, como se verá en el nombre de colores que hay puesto sobre el dibujo. Las espiguillas que están dentro de la turca y el centro ó punto que figura la semilla, son de cordoncillo punzó. Las tres espiguillas exteriores son de cordoncillo blanco, los festoncitos deben ser de cordoncillo de oro, y los bodoquitos que están uno en cada picó no es más que un nudo de cordoncillo color de maíz. La cenefa de cuadros se hace con felpilla ó espumillon violeta.

Núm. 2. Los medallones de la vuelta del canastillo son de tres colores alternados, y que se repiten segun el tamaño del canastillo; el primero es verde, el segundo encarnado, y el tercero azul.

El medallon verde tiene la turca violeta y la estrella blanca; el punto de la estrella y las hojas son de cordoncillo blanco. Este medallon se pega al canastillo con un cordoncillo punzó, y los puntos hechos de nudos que están alrededor, uno en cada piquito, son de cordoncillo violeta.

El medallon encarnado tiene la turca blanca, la estrella naranja, las hojas y los nudos son de cor-

doncillo punzó. Este se aplica al canastillo con cordoncillo negro, y los puntos de alrededor son de color maiz.

El medallon azul tiene la turca naranja, la estrella encarnada, el nudo del centro de esta y las hojas son de color de maiz: este mismo cordoncillo se aplica al canastillo. Los puntos ó nudos de alrededor son de cordoncillo punzó.

Los intervalos de uno á otro medallon son de paño blanco; y su forma, como se ve, es de tres esquinas; los colores de la espiguilla de estos están designados en el dibujo. Estos intervalos se aplican todos con cordoncillo punzó.

Las hojitas de las turcas de alrededor deben hacerse al pasado, y la hebra á cabo del centro debe ser de cordoncillo de oro. Todas las turcas al aplicarlas deben ser rodeadas de otro cordoncillo de oro para ocultar algo los puntos.

Despues de concluidos todo los medallones necesarios para esta clase de labor, debe forrarse para que todos los cabos queden ocultos y no se vean los mimbres del canastillo, y, despues de armada esta, debe hacerse un rizado de paño encarnado que se recorta antes y se coloca al canto como último adorno de este.

Núm. 3. Cróquis del canastillo.

Petaca de piel de Rusia en color gris.—Modo de hacerla.

Núm. 4. Se póne en el bastidor un pedazo de lienzo fuerte; sobre él se aplica la piel de Rusia, y se dibuja del siguiente modo:

Se pica el dibujo, y con una muñequita de carbon, si el color de la piel es claro, ó de almidon si es oscuro, se traslada este por el picado del papel, y en seguida, retirando con cuidado el dibujo, se concluye de señalar con lápiz.

El bordado se ejecuta del siguiente modo: El ramo del centro es de cordoncillo habana y hecho al pasado, las hojas algo rellenas; los cabos de este se hacen sencillamente colocando un cordoncillo de oro, y los puntos ó budoquitos no son más que un nudo formado con el cordoncillo.

Forma el centro ó medallon una trencillita de oro, y á cada lado de esta un agreman estrechísimo de seda ó cordoncillo del mismo color del ramo. Los cuadros que forman el fondo de la petaca son el conjunto de tres cordoncillos; el del centro es de oro, los de los lados color habana, y los tres reunidos se colocan rectos de un extremo á otro, y despues en sentido contrario; en la union del cuadro se hace

una cruz con cordoncillo de oro, y un nudito, que es el que se ve en forma de punto en el centro de cada cuadrito. Alrededor de esta petaca se pone lo mismo que ya hemos dicho para formar medallon,

Concluida la labor se sujetan todos los cabos con un engrudo de almidon bastante espeso; este debe usarse con mucho cuidado para que no pase el bordado y solo pegue los cabos al forro; despues de seca se saca del bastidor como prensada, y se manda armar á un encuadernador.

ADELAIDA MONTAÑOL.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE SOCIEDAD.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie antique*, guarnecido de un primer volante de punto de aguja; encima un bullonado de tul, despues otro volante de guipur negro, luego otro bullon y otro volante de punto de aguja, sobre el cual va un *ruche* de guipur negro, formando cabeza al último bullon. Cintura suiza de guipur negro, con hombreras y largas caidas por detrás. Camiseta alta de batista con encajes. Prendido de encaje negro y blanco, con largas caidas y flores delante.

Segunda figura. Vestido de raso blanco con rayistas de terciopelo; vesta redonda y manga estrecha, guarnecida de un rizado de terciopelo. Camiseta de tul; cintura redonda con hebilla. Prendido de flores y cintas.

Tercera figura. Vestido de tarlatana, adornado de blonda; cuerpo descotado y berta de blonda.

Cuarta figura. Vestido de raso blanco, adornado con un ancho volante superado de un cordon de flores. Túnica de crespon drapeada en cada lado con un cordon de flores. Sobre esta túnica van sembradas florecitas puestas en una estrella de encaje. Cuerpo escotado con drapería de crespon, y por detrás largas y anchas caidas, igualmente de crespon, rodeadas de un volante y de un cordon de flores.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N°13, Pral Derecha.

Ayuntamiento de Madrid

